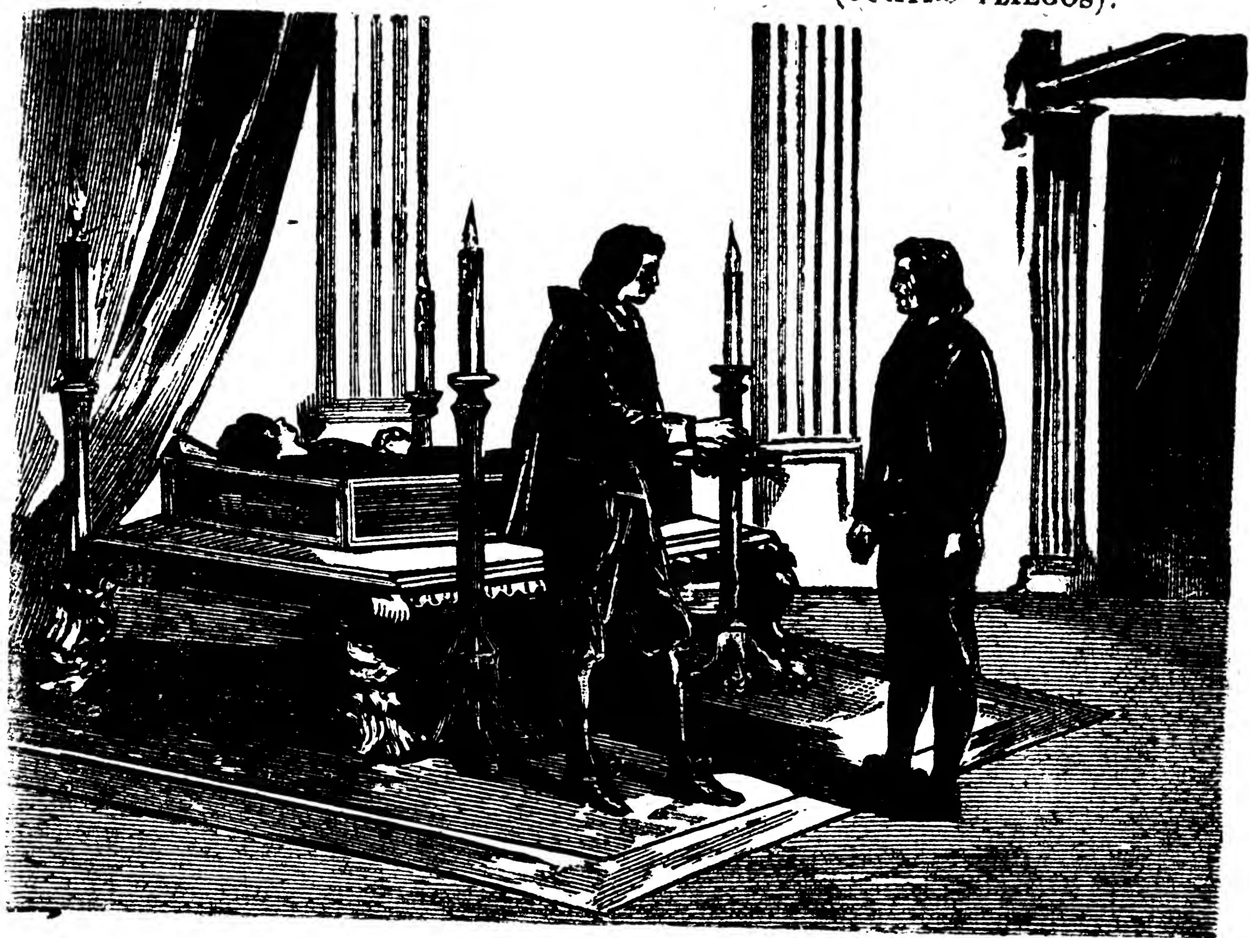
La Muerta fingida

Madrid

[1894?]

(CUATRO PLIEGOS).



LA

MUERTA FINGIDA.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.



LA MUERTA FINGIDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se refiere quién era D. Claudio Castroverde, y de cómo tenia una hija, y de los galanteos que ésta tuvo.

Allá por los años de 1642, vivia en la calle de la Garduña, en Madrid, en un viejo caseron, un señor de mucha más petulancia que dinero, el cual se llamaba D. Claudio de Castroverde, y era oriundo de Extremadura, hidalgo, segun él decia, por todos los cuatro costados, pero más pobre que las ratas, porque la mucha hacienda que sus padres le dejaron la habia consumido él en sus mocedades entre francachelas y jolgorios.

Se habia casado muy jóven con una virtuosa y bella señora, que debió morirse de pena al considerar la mala vida que traia su esposo, y así éste se encontró muy pronto viudo, con una hermosa hija que habia heredado todas las virtudes de su madre, y sin dinero ni por donde le viniese.

En la época á que nos referimos andaba D. Claudio acosado de usureros, renegando de su negra suerte y aun de su hija, la más linda y discreta doncella del barrio, que por entonces tendria unos diez y seis años y era tenida en todo Madrid por un prodigio de belleza.

Vivia D. Claudio sin más servidumbre que un viejo criado, llamado Simon, el cual habia perdido ya la cuenta de las soldadas que su señor le debia; pero era tanto el cariño y la ley que le profesaba que no acertaba á dejarlo, y eso que el génio voluntarioso y mandon de D. Claudio era capaz de enemistarlo hasta con las piedras.

Como doña Elena, que así se llamaba la hija de D. Claudio, era guapísima, siempre la andaban rondando la calle multitud de mancebos, apuestos y gallardos, y algun que otro vejete codicioso de las gracias de la niña, cosa que tenia el privilegio de exasperar á D. Claudio, que deseaba casarla á su gusto, es á saber, con algun mayorazgo ó ricachon, que á él y á ella los sacase de pobres.

Por esta causa pasaba el pobre señor los grandes apuros, para que doña Elena pudiese frecuentar las más aristocráticas tertulias de la córte con el boato correspondiente á la hija de un hidalgo tan hidalgo como él era; así es que andaba hecho un dominguillo buscando siempre prestamistas que le facilitaran dinero y huyendo siempre constantemente de los que habian tenido la candidez de prestárselo.

Su criado, el viejo Simon, tenia para esto el gran olfato, y hasta en el modo de llamar á la puerta conocia si el visitante venia á pedir ó á traer dinero, y como es consiguiente, solo dejaba entrar á los segundos, dando muy bonitanente á los primeros con la puerta en ias narices.

Por estas y otras causas D. Claudio le tenia grandes consideraciones á Simon y aun le mimaba, cuando no se le subian á la cabeza los pedantescos aires de su hidalguía, pues al ocurrir esto, se ponia tan pesado é impertinente con sus blasonadas arrogancias que el demonio que le aguantase.

Doña Elena era el reverso de la medalla y no se parecia á su padre ni en el génio, que era dulce y bondadoso, ni en la ambicion, pues era de naturaleza humilde, y tan modesta como bella; así es que siempre que tenia que engalanarse para ir á las fiestas á donde la llevaba su padre, sufria mucho, pues sabia muy bien que aquellos lujos no los podia costear D. Claudio si no era á fuerza de engaños, disgustos y tropezones con la curia; pero su padre no hacia caso de estos escrúpulos, pues lo que le preocupaba era encontrar para su hija lo que se llama un buen partido.

En la córte, todo el mundo echaba de ver la gran diferencia que habia entre D. Claudio y su hija, y todo lo repulsivo que él se hacia, lograba doña Elena hacerlo olvidar con su gracia, su discrecion y su peregrina hermosura.

Muchos á la verdad eran los galanes que andaban bebiendo los vientos por una mirada de doña Elena; pero entre ellos se distinguian por su tenacidad, tres principalmente. Ella á ninguno queria esperanzar, comprendiendo que por ser ellos de ilustre alcurnia, más buscaban al cortejarla, siendo tan pobre, una manceba que los deleitase, que una esposa que los diese honradez y brillo.

De estos tres, el uno era protegido por D. Claudio, á causa de que era hijo del presidente del Consejo y Cámara de Castilla, heredero único de la inmensa fortuna de su padre, á la sazon muy viejo y achacoso, y futuro diplomático. En una palabra, el tal rea-

lizaba por completo los sueños dorados de D. Claudio, que traia á su hija atolondrada con el relato de las perfecciones, ventajas y gallarda apostura de D. Ramiro, que así se llamaba el tal.

Doña Elena no se atrevió á decir redondamente á su padre que D. Ramiro le parecia muy tonto y presumido, y sin exhalar una queja sufria en silencio las intemperancias y exageraciones de don Claudio.

Era D. Ramiro un hombre ya maduro, pues pasaba de los treinta años, más feo que Picio, y por añadidura tenia una cicatriz en el rostro que le cogia de arriba abajo y la cual constantemente le estaba manando humores fétidos, á pesar de lo cual, el pobre señor reventaba de orgullo, creyéndose el más apuesto y gallardo de toda la córte.

Inútil es decir que doña Elena no le podia sufrir y que lo llenaba de desaires á fin de que se aburriera; pero el tal D. Ramiro estaba loco de amor por la hija de D. Claudio, y como contaba con el apoyo de éste, no se daba por vencido, así le dijesen en sus mismas barbas, como alguno se lo dijo, que doña Elena no se peinaba para un caballero tan desgarbado.

Los otros dos galanes de doña Elena, de los cuales su padre no tenia la menor noticia, eran, el uno un apuesto, gallardo y al parecer rico caballero, llamado D. Bernardo de Haro, recien venido á la córte, supuesto que nadie en ella le conocia, cuyo majestuoso porte y gentil donaire conquistó bien pronto las simpatías de la hija de Castroverde.

Era D. Bernardo tan fino en su trato, tan amable, seductor y elegante en sus maneras, que, á la verdad, nada extraño tenia que doña Elena sintiese por él preferencias muy marcadas, á causa de que por no ser conocido en la córte, realizaba mejor sus aspiraciones de modestia; pero, sin embargo, no se hacia ilusiones respecto de este amor, pues la hija de Castroverde bien comprendia que á ella no le era lícito aspirar á otra cosa, por los desastres de su casa, que á casarse con un honrado menestral, que no se avergonzase de tenerla por esposa, en vez de soñar con un gentil caballero, que, con sus altanerías, la hiciese desgraciada.

El otro pretendiente de doña Elena, era un bravo y arrogante militar de los tercios de Flandes, llamado D. Ginés Tascales, hombre de pelo en pecho, de valor temerario y de gran porvenir en el ejercicio de las armas; pero á pesar de ser muy jóven se habia encontrado en muchas acciones de guerra, acreditándose de valiente y audaz, por lo que habia sido premiado repetidas veces, hallándose, á la sazon, en uso de licencia de sus jefes.

Seguían á estos tres galanes, una multitud de moscones de diversas clases y categorías, todos codiciosos de la virtud y hermosura de la hija de Castroverde, pero á la verdad ninguno guiado por la noble intencion de santificar en los altares la amorosa llama

que ardía en su pecho; y aun de los tres particularmente referidos, ninguno, como no fuese el presuntuoso D. Ramiro, hijo del presidente del Consejo y Cámara de Castilla, llevaba intenciones de casarse, pues éste, ya fuese por la buena maña de D. Claudio para embaucarlo, ya por desear establecerse definitivamente, ardía en deseos de ser el esposo de doña Elena.

Simon, el criado de D. Claudio, que era un truhan muy largo, como ya queda referido, traía en perpétua danza á todos los pretendientes de su jóven señora, engañándolos con halagadoras promesas, despidiéndolos con cajas destempladas ó esperanzándolos convenientemente, segun lo propicios que los hallaba para que aflojasen la bolsa dándole propinas en pago de sus buenos oficios de tercero, comerciando de este modo á espaldas de D. Claudio y de su hija.

Teníale mala voluntad Simon al hijo del presidente, en razon á que era muy tacaño y jamás se habia escurrido á convidarle ni á recompensarle en nada; pero aun cuando á regañadientes le complacía, en atencion á que Castroverde le protegía y se lo recomendaba con tanta eficacia, que llegó al extremo de prometerle, que si conseguía casarlo con doña Elena, le habia de pagar, una sobre otra, todas las soldadas juntas de atraso, que bien hacian una buena talega y aun habia de poner otro tanto encima.

Con esta esperanza, y este cebo, Simon se avenia á servir á D. Ramiro en el peregrino lance de sus amores, ya dándole confidencias de cuándo y á qué hora salia doña Elena á la iglesia para oir misa, ya recibiendo para entregárselas, esquelitas y billetes de amor, ya en fin, comunicándole diversas noticias, falsas las más y verdaderas las menos, respecto al suceso de sus amores.

A quien el tuno de Simon estimaba mucho era á D. Bernardo de Haro, pues no habia una sola vez que le pidiese noticias de su señora, que no le recompensase con largueza, en términos, que en muy poco tiempo llegó á reunir, con solo las propinas de Don Bernardo, más del doble de lo que importaban las soldadas que su señor le debia, y cuyo pago estaba aplazado para cuando se verificase el casamiento de D. Ramiro con doña Elena.

Al capitan Tascales, tambien le sacaba alguna cosa, sobre todo convites en los fondines y botillerías, pues no tenia la bolsa tan repleta como D. Bernardo de Haro, pero en fin, no era tacaño como el hijo del presidente del Consejo y Cámara de Castilla, y así procuraba tambien alentarle y lo iba entreteniendo con sus maulerías y añagazas; y tal traza se dió á engañarlos á los tres y con tal arte los citaba y recibía él mismo á distintas horas, pretestando indisposiciones de doña Elena, que no caian en la cuenta ni sospecharon el habilidoso juego del criado ladino, que á la sombra de su señora comerciaba en grande con la credulidad de sus pretendientes.

CAPÍTULO II.

Como los tres galanes de doña Elena se encontraron de ronda á la misma hora y del resultado que tuvo su encuentro.

Tales y tantas fueron las trapacerías de Simon, para ir entreteniendo á los amantes de su señora, que cada uno de por sí llegó á escamarse, y como le apretaban para que les pusiese al habla con doña Elena, discurrió una treta para librarse de sus importunidades, cual fué la de citar á los tres más constantes que referidos quedan, á una misma hora, con el piadoso intento de que se peleasen mútuamente y allí acabasen con sus enamoramientos.

El primero que acudió á la cita fué el capitan Tascales, que estaba deshecho por ver y hablar á la hija de Castroverde. Aquel dia, por la mañana, tuvo una entrevista con Simon, y le dijo despues de enseñarle una regular bolsita llena de dinero, que mirase lo que hacia, pues aquella noche habia de hablar á doña Elena ó de lo contrario le habia de suceder algo malo. En resúmen, le dió á escoger entre la bolsita ó cortarle el pescuezo, y como es natural, Simon escogió lo primero.

Igual ó parecido compromiso tenia con los otros dos, es á saber, con D. Bernardo de Haro y con D. Ramiro, así es que de hoz y de coz se vió metido en un atolladero, por cuyo motivo toda aquella tarde se la pasó temblando de que llegase la noche y con ella el trance fatal del encuentro de los tres amartelados amantes de doña Elena. No pudiendo resistir su zozobra, comunicó sus cuitas á su señora, y ella, que era muy compasiva, le consoló diciendo que no temiese nada, que todo habia de salir á pedir de boca.

Llegó la hora convenida, y acudió el primero, como queda dicho, el capitan de los tercios de Flandes. La noche no estaba muy agradable, pues espiraba el mes de Octubre y empezaba á soplar ese vientecillo sutil que viene del Guadarrama en el otoño, repartiendo los terribles constipados y pulmonías que tanto temen los tísicos.

Muy embozado en su capa estaba el capitan Tascales paseando arriba y abajo la calle de doña Elvira, echando pestes por la tardanza de Simon, que habia quedado en salir á avisarle el momento oportuno, cuando apareció por el fondo de la calle otro embozado, que no era otro que el propio D. Ramiro, el hijo del presidente del Consejo y Cámara de Castilla, igualmente engañado por el ladino Simon.

Pusiéronse á pasear los dos en opuesto sentido, bramando ambos de coraje y de celos á la sola idea de que los dos pudiesen venir á lo mismo. Más impaciente el capitan, no pudo contenerse y encarándose con el desconocido le preguntó que á quién rondaba. Muy sosegadamente y con algo de zumba le contestó D. Ramiro que él á nadie le tenia que dar explicaciones de lo que hacia y que con igual derecho podia él preguntar otro tanto; pero que como estaba seguro de que su amada no tenia más que un amante y ese era él, le importaba poco de la presencia del preguntador, pues suponia que la dama á quien cortejaba no era la suya, sino otra que viviria en la misma calle.

Calló Tascales ante la lógica irrebatible de tales razones, y volvió á pasear la calle, pero al poco rato volvieron á asaltarle nuevos temores y parándose ante D. Ramiro, le preguntó que cómo se llamaba su dama. No le quiso contestar el protegido de Castroverde, por temor de que fuese doña Elena la dama de ambos, pues á pesar de lo que habia manifestado antes, le asaltaban iguales sobresaltos; pero como el capitan, por todo extremo receloso, ardia en deseos de armar camorra y descargar en cualquiera la furia de que se hallaba poseido por la tardanza de Simon, dijo que no hacia falta que se lo dijera, pues demasiado le barruntaba el corazon que era doña Elena de Castroverde, y que siendo esto así, se limpiase que estaba de huevo, pues nadie sino él la habia de pasear la calle.

Si se le hubiese desplomado á D. Ramiro el cielo sobre las espaldas no le hubiera hecho tanta y tan dolorosa impresion como la que le causó la noticia de que su anhelada Elena tenia otro galan; así es que sacando fuerzas de flaqueza y de tripas corazon, y ardiendo en ira, desenvainó su tizona y puso de embustero y trapalon á Tascales que no habia por donde cogerlo.

No hay para qué decir si Tascales se haria el chiquito, siendo el primer camorrista de la coronada villa, así es que sin esperar á más razones tiró de su espada y se puso á pelear con D. Ramiro. Mal lo hubiera pasado éste, dado el furor de que el capitan se hallaba poseido, si no hubiese querido su buena estrella que en lo más decisivo y recio de la pelea se presentase á poner paz otro embozado, ó sea el tercer amante D. Bernardo de Haro, que los apaciguó, bien ajeno de que su pelea no reconocia otra causa que la de ser una misma su dama.

Cuando se enteró de que reñian por doña Elena, y los otros supieron que el último que habia venido traia el mismo fin, se concertaron para echar suertes de quiénes habian de ser los dos que peleasen primero, y el que de ellos quedase vivo se habia de pelear con el tercero. Dispuestas así las cosas, y cuando ya iban á comenzar de nuevo, dijo D. Ramiro, á quien el miedo empezaba á refrenar sus ardores, que no podia ser que una dama tan discreta como doña Elena hubiera puesto en tal aprieto á tres tan ilustres caballe-

ros, de los cuales dos habian de pagar con la vida la preferencia del tercero, y que puesto que así no se habia de adelantar nada, pues bien podía suceder que quedase triunfante el que menos derechos tuviese á alcanzar el amor de doña Elena, habia pensado que siendo tres los burlados era mucho más razonable echar suertes sobre quién habia de ser el que cargase con la gloria de rondar solo á la hija de Castroverde.

D. Bernardo, como por ciertas razones que no son para dichas, aunque sí para figuradas, tenia fé en que el verdaderamente correspondido por doña Elena era él, y que los otros habian sido engañados por el taimado Simon, no se avino á semejante sorteo, pretestando que tambien podia suceder que la suerte favoreciese al menos preferido por la bella, y propuso otra cosa, y fué que puesto que los tres habian sido citados allí para lo mismo, era de creer que cada uno tendria una seña particular para entenderse con su dama, y así que lo mejor era que ésta de por sí resolviese sin darse cuenta de ello, para lo cual era indispensable que cada uno hiciese uso de su seña, y el que fuese preferido quedase sin más discusion dueño del campo, y si los tres por igual lo fuesen, concertarse despues para burlarse de ella y desacreditarla.

El capitan, que por la bolsita dada á Simon se creia en mejores condiciones que los otros, aceptó contento; pero D. Ramiro, que no las tenia todas consigo, á pesar de la proteccion de D. Claudio, bojetó que bien podia suceder que doña Elena no hiciese cara á ninguno de los tres, en cuyo caso nada se habia resuelto. Sin embargo, como los otros insistieron, se conformó. D. Bernardo, que como queda dicho, se consideraba, y con razon, el único preferido, para más engañarlos á los otros, mostró su deseo de que se hiciesen las cosas con arreglo á lo más justo, diciendo que Tascales habia de ser quien primero probase fortuna, toda vez que era el primero que habia llegado, y que D. Ramiro y él se retirarian, caso de que la dama no le desairase, y que si le desairaba continuase el turno por D. Ramiro, quedándose él para lo último, puesto que habia sido el tercero que habia llegado.

Parecióles á los otros el plan de perlas, y poniendo manos á la obra, rebosando el corazon de alegría acercóse Tascales á la reja, y dando unos golpecitos misteriosos sobre el cristal, murmuró:—¡Simon, Simon!

Retiráronse discretamente los otros para no hacerle mal tercio y que tuviese mayor libertad en sus pesquisas; pero al cabo de un buen rato resultaron completamente inútiles, pues nadie le contestó, retirándose Tascales aburrido, echando pestes por la boca y jurando y perjurando que el pícaro Simon se las habia de pagar todas juntas.

Visto el mal resultado de este primer ensayo, cobró inusitados ánimos D. Ramiro, y acercóse, segun lo convenido, á la casa,

mientras el capitan, rabiando de celos, fué á unirse á D. Bernardo. Con toda la prosopopeya del que está seguro de salir airoso en su empeño, el hijo del presidente del Consejo y Cámara de Castilla dió tres solemnes palmadas, que en el silencio de la noche resonaron por toda la calle como si fueran tres escopetazos. Pero igual hubiera sido que en vez de tres hubiesen sido trescientas palmadas, pues nadie le hizo caso, como no fuesen sus dos rivales, de los que el uno, Tascales, pareció hallar consuelo en la desventura de don Ramiro, y el otro, D. Bernardo, sintió que el corazon le rebosaba de alegría viendo lo bien que habia juzgado á su amada.

Despues de repetir varias veces el reclamo, tuvo D. Ramiro que retirarse todo corrido y avergonzado, saliendo á probar fortuna D. Bernardo, mientras los otros dos desdeñados se retiraban silenciosamente á la esquina para ver en qué paraba todo aquello.

Acercóse D. Bernardo, como queda dicho, y despues de dar con los nudillos en el cristal de la reja, produjo un silbido tan penetrante, que retumbó en toda la calle. Más afortunado que los otros dos, vió premiados sus afanes, pues al poco rato se oyó el ligero chirrido del girar de una falleba y la ventana se abrió, apareciendo detrás de la reja una figura blanca de mujer, que no era otra que la propia doña Elena.

Avinagróseles á los otros el gesto, y les entró ganas de acuchillar al venturoso y afortunado D. Bernardo; pero al fin prevaleció en ellos mejor intento, y se retiraron cada cual á su casa discurriendo el medio de hacerse pagar cara la burla, mientras el dichoso D. Bernardo entabló sabrosa y amartelada plática con la hermosa y discreta doña Elena.

CAPITULO III.

De la consulta que tuvo el rey D. Felipe IV con D. Francisco de Quevedo, sobre el argumento de una comedia.

En la época en que tuvieron lugar los sucesos referidos, reinaba en España D. Felipe el IV, el más protector de la literatura y de los poetas, de cuantos reyes ha habido en España. Era el rey D. Felipe, muy grande amigo de los literatos y de las aventuras y enredos amorosos, y él mismo componia á las veces muy lindos y galanos versos, de los que supo burlarse con suma frecuencia y gracia el inmortal Quevedo, que no respetaba en sus sátiras á ningun mal escritor, desde el más alto al más bajo.

No le incomodaban al rey estas chanzas de Quevedo, á quien por su ingenio estimaba extraordinariamente; antes al contrario, le solia consultar con frecuencia todo lo que hacia, y si á Quevedo no le parecia bien hecho, lo rasgaba, por muy encariñado que estuviese con sus escritos.

Un dia, precisamente el que siguió á la noche en que fueron burlados el capitan Tascales y el hijo del Presidente del Consejo y Cámara de Castilla por la hija de Castroverde, hizo el rey llamar á Quevedo á su Cámara y le dijo que estando la noche pasada muy desvelado en el lecho, le habia ocurrido un plan para hacer una comedia, y que le habia llamado para consultar con él sobre esto y oir su opinion en el asunto.

Aguzó Quevedo las orejas, dispuesto á no perdonar ocasion de decirle al rey las verdades del barquero, si como presumia desbarraba completamente en sus proyectos de comedia, y el rey sin aguardar á más, le dijo:

—Hé aquí, mi buen Quevedo, el plan de la comedia que he discurrido la pasada noche:

La hija de un hidalgo requerida de amores, y pretendida á la vez por tres galanes, muestra preferencia por uno. La escena representa una calle extraviada en una noche cruda del invierno.

A la derecha está la casa de la bella, cuyos ojos han flechado sucesivamente á un diplomático, á un capitan de tropa y á un rico caballero de provincias, que vive independientemente en la Córte con el producto de sus rentas. Estos tres galanes, citados á una misma hora, se encuentran, van á reñir, pero pensándolo mejor se deciden á usar cada cual de una seña para proclamar vencedor á aquel que consiga ser atendido por la bella, y resulta que la

dama solo responde á la del caballero de provincias, desairando á los otros. Hasta aquí mi plan, exclamó el rey; ¿qué os parece de ello, mi buen Quevedo?

—Hasta ahora vamos bien, respondió éste, solamente que lo probable es que los desairados procuren vengarse retando al caballero, y si este es bravo y los vence, les queda el recurso de enterar de todo al padre de la chica, el cual puede armar á sus criados con sendas estacas, y una noche al retirarse el rondador de su hija puede caer sobre él tal lluvia de estacazos que lo deje muerto.

El rey calló, y se puso á meditar un breve espacio, al cabo del cual dijo:

—Teneis razon, Quevedo, eso es lo más probable, ¿cómo haríamos para evitarlo, y hacer que el caballero provinciano quedase sano y salvo en la comedia y además dueño del campo?

—Muy sencillo, exclamó Quevedo; del un acto al otro se supone que el caballero ha triunfado de la virtud de la dama, y como es caballero bien nacido, se casa con ella y los otros se quedan por puertas y sin derecho alguno á apalearle.

—Lo primero ya lo habia yo imaginado; tanto es así, que á la dama ya la tenemos vencida; pero en cuanto á lo segundo, dijo el rey, no sé cómo pueda arreglarse, pues el caballero provinciano de la comedia es casado:

—¡Magnífico! exclamó Quevedo, eso complica la accion, y el padre puede enterarse y de buenas á primeras dispararle al deshonrador de sus canas un pistoletazo que lo deje seco.

—¡Qué manía teneis en matar al pobre caballero! dijo el rey: ¿No sería mejor buscar el medio de salvarlo?

—Malo lo veo, dijo Quevedo rascándose la cabeza... ¿en qué época se desarrolla la accion de la comedia?

—No hay inconveniente en que sea en esta, dijo el rey.

—Pues entonces, ya está, dijo Quevedo despues de meditar un rato. Al caballero seductor, le hacemos amigo del primer ministro, y por su influjo, se dá una delicada mision al diplomático para que arregle los asuntos de Portugal, que por cierto están bien desarreglados, y para cuando termine su cometido, el amigo del ministro se ha escapado con la dama para sus tierras.

—¡Brava idea! exclamó el rey; pero, ¿y el otro?

—El otro, respondió Quevedo, como es capitan, se le manda á la guerra de Flandes con un ascenso.

—Perfectamente, dijo el rey muy complacido; pero aun queda otro peligro que evitar, y es el del padre, que puede estorbar el rapto y moler á palos á nuestro provinciano, ¿qué hacemos con el padre?

Volvió Quevedo á rascarse la cabeza, y despues de un rato dijo:

—El padre, como es hidalgo, le podemos hacer intendente de Cataluña, y como los catalanes andan tan revueltos, se le da ór-

den de salir á escape para su destino, y malo ha de ser que no le reciban á tiros y lo dejen para pasto de buitres, con lo cual la dama se queda completamente desamparada, pues no es de presumir que su padre la exponga á un viaje tan peligroso y apremiante. Libre de estorbos, el galan, en una ocasion propicia, roba á la chica y á la grupa de un brioso corcel, desaparece con ella... y lo que fuere sonará.

—No me parece del todo mal, dijo el rey; pensaré en ello y veremos de hacer que la comedia siga adelante.

Marchóse Quevedo, y en cuanto se quedó solo el rey, mandó llamar al Conde-duque de Olivares, que era su favorito, y se puso á despachar con él los asuntos de Estado. Despues de acabada la faena, el rey se le quedó mirando á Olivares y le dijo:

—¿Cómo andan esos asuntos de Portugal?

—Señor, respondió el Conde-duque, no andan muy bien.

—Es preciso arreglarlos cuanto antes y para ello he pensado en que D. Ramiro Ruy-Ponce, hijo del presidente del Consejo y Cámara de Castilla, vaya con una mision diplomática á entenderse con los portugueses.

—Está bien, dijo Olivares.

—Pues extender el decreto y que se vaya pronto, que la cosa urge, exclamó el rey.

Calló de nuevo el monarca y despues volvió á preguntar:

—¿Y qué noticias tenemos de la guerra de Flandes?

—Medianas, contestó el favorito algo alarmado, viendo con sobresalto que el rey se preocupaba más de lo que á él convenia en los asuntos públicos.

—Menester será mandar un comisionado con pliegos secretos, que marche allá á entregarlos al general en jefe de los tercios flamencos.

—Como vuestra majestad disponga, respondió Olivares.

—Sí, dijo el rey; poned un decreto nombrando para este cargo al capitan D. Ginés Tascales, y haced se le dé un ascenso y que parta en seguida para su destino.

Olivares tomó nota de las órdenes que el rey le daba, y ya se disponía á retirarse, cuando el rey con un gesto le detuvo diciendo:

—¿Y lo de Cataluña cómo anda?

Miró sobresaltado el Conde-duque al rey creyendo que éste, cansado de su privanza, queria deshacerse de él y arregla rpor sí mismo los asuntos del gobierno, y no atreviéndose á ocultarle la verdad, exclamó:

—Señor, no puedo ocultaros que la insurreccion de los catalanes no lleva trazas de concluir; últimamente se han comunicado á Gerona algunos chispazos de la rebelion y hay que emplear medidas de rigor.

—Lo mismo pienso, dijo el rey. Es necesario enviar allá un delegado régio, que se deje de contemplaciones y sea enérgico y rápido.

—Es una medida acertada, exclamó Olivares deseando lisonjear al rey.

—Sí, dijo éste; extended un decreto nombrando á D. Claudio Castroverde intendente general de Cataluña y que se vaya á marchas forzadas.

—Así se hará, dijo el favorito haciendo al monarca una profunda referencia.

—Puedes retirarte, exclamó el rey. Por hoy se ha terminado el despacho de los negocios.

Salió Olivares profundamente contrariado, creyendo que la entrevista del rey con Quevedo, era el orígen de aquellas extrañas órdenes, y pensando que el ilustre poeta habia estado desacreditándole ante el rey para privarle del mando, le hizo llamar y le dió sus quejas. Maravillóse Quevedo, y más cuando supo todo cuanto el rey había mandado, y sin sacar de su error al favorito, se fué riendo, pensando que la comedia del rey llevaba trazas de convertirse en veras, y no dudó que lo cierto de todo era que traía entre manos alguna aventura de amor, á las que tan aficionado era Don Felipe IV, y de la cual, segun todas las trazas, no habia salido muy bien librada la hija de Castroverde, á quien él tenia por la más pudorosa y recatada de toda la córte.

CAPÍTULO IV.

En que se refieren varias aventuras curiosas y del audaz desenlace que dió Quevedo á la comedia del rey.

Con aquella perspicacia tan grande que le distinguia, comprendió en seguida Quevedo que el rey estaba enamorado hasta las cachas de doña Elena de Castroverde y que la hermosa jóven, seducida con engaños, figuraba ya, sin ella sospecharlo, en el largo y poco honroso catálogo de sus mancebas.

Aun cuando el gran poeta de la córte era sumamente despreocupado en materias de amor, no dejó de impresionarle su descubrimiento y la profunda trama á que el rey llamaba comedia y que llevaba trazas de ser una arriesgadísima aventura de amor de las muchas que el rey solía llevar á cabo.

La hija de Castroverde gozaba en la córte de mucho prestigio, y Quevedo tuvo ocasion varias veces de tratarla y convencerse de que era una mujer excepcional y de mucho mérito; así es que no extrañó de que hubiera cautivado con sus gracias el corazon de un hombre tan difícil de agradar como era el rey, y le apenaba que por medio de malas artes hubiese llegado á ser una barragana del monarca, pues siendo el rey casado, no era posible que la infeliz pudiese realizar su esperanza de legitimar aquellos descuidos con el sagrado lazo matrimonial.

Inquirió, indagó y con la mayor cautela pudo saber Quevedo toda la verdad del caso, es á saber, que doña Elena amaba á un caballero provinciano muy apuesto y gallardo llamado D. Bernardo de Haro, el cual desde luego imaginó que no era otro sino el rey, sin que la descuidada hija de Castroverde se hubiera apercibido de que su amante era nada menos que D. Felipe IV.

Propúsose Quevedo desbaratarle al rey su intriga por dos causas principalmente: la primera, porque tenia gusto de ver triunfar su ingenio de todos los poderes oficiales, y la segunda por conseguir que doña Elena, vilmente seducida y engañada por el rey, pudiese descubrir con tiempo el pastel, y buscar marido que la tomase antes que el escándalo le cerrase ese camino y se viera precisada á llorar un descuido en un convento.

Era Quevedo un hombre muy original, y á pesar de su fama de galanteador, no gustaba de perjudicar á nadie por medio de trapa-

cerías y embustes, sino cara á cara y de frente, y de las mujeres solia á menudo decir que todo era lícito con tal que ellas fuesen gustosas en acceder á las peticiones de sus amantes; pero que era indigno de caballeros el perderlas con engaños y felonías. En una palabra, Quevedo no se hubiera metido á impedirle al rey sus proyectos de amorosa conquista, si hubiese tenido el convencimiento de que la hija de Castroverde, á pesar de saber quién era y de que se ocultaba bajo el disfraz de D. Bernardo de Haro, le admitia.

Sin embargo, como no era cosa de que el gran poeta fuese á meterse de rondon en los asuntos del rey, ni ir á descubrir á doña Elena la comedia en que estaba metida, discurrió armarle al rey por segunda mano una gran intriga, tambien de carácter de melodrama, y fué como sigue:

Público y notorio era en toda la córte que el rey tenia amores ilícitos con una comedianta cuya hermosura era tan grande como su liviandad y descoco, la cual se llamaba Lucía la Emperadora, á causa de que en las comedias hacia ella los papeles principales de reinas, emperatrices y primeras damas. Quevedo la trataba mucho, y un dia que estaba de ensayos se acercó á ella, y muy secretamente la dijo que habia en Madrid una mujer muy hermosa que trataba de disputarle al rey, y que si no andaba lista iba á quedarse relegada á servir de plato de segunda mesa.

En vano quiso la Emperadora saber por boca de Quevedo quién era su afortunada rival, pues él se limitó á decirla que la habia oido cantar en una tertulia, y que, como buen amigo suyo que era, la advertia para que viviese prevenida.

No hay cosa que á la mujer interese ni le impresione más que disputarse con otra el corazon de su amante; así es que la Emperadora, desde que recibió la confidencia de Quevedo, no sosegó un punto, y procuró celar y enterarse de cuantos pasos daba el rey; pero como éste no habia descubierto á nadie sus planes, que con sola su gran penetracion habia adivinado Quevedo, era muy difícil poder seguir el rastro á sus aventuras, mucho más teniendo Quevedo el propósito firme de no mezclarse directamente en nada.

Mientras tanto, D. Cláudio de Castroverde recibió aviso, por medio de un secretario del despacho, de presentarse al Conde-duque de Olivares.

Temblando iba el buen señor al imaginar que alguno de sus muchos acreedores, harto de aplazamientos y dilaciones, habia llevado sus quejas al favorito para que le hiciese justicia, y no salió de su asombro cuando supo que para lo que se le llamaba era para ofrecerle el mando superior de Cataluña, como si dijéramos, una mitra en el órden civil, con todos los fueros, gajes, preeminencias, sueldos, privilegios y ventajas que por aquel entonces eran de rúbrica.

Espinoso en verdad era el empleo, pero de mucha honra y gran gerarquía y mayor provecho, porque si bien es verdad que el estado de agitacion en que los catalanes se encontraban lo hacia sobremanera peligroso, en cambio la paga era pingüe y las facultades que se le concedian y de que se podia hacer uso en el ejercicio de sus funciones eran discrecionales. En la situacion apurada en que Castroverde se hallaba, semejante nombramiento era una verdadera ganga, pues por muy díscolos que anduviesen los catalanes, no podian estarlo tanto como sus acreedores, y malo habia de ser que no hallase ocasion de enriquecerse y hacer méritos en su carrera y salir á flote.

Por todas estas razones, Castroverde aceptó el destino que se le daba, y como recibió órden de marchar cuanto antes, lió el petate y se fué, dejando encargada su hija doña Elena al fiel Simon.

El resultado final fué que todos los personajes de la comedia del rey, excepcion hecha del galan y la dama, salieron pitando para sus respectivos destinos, y D. Bernardo de Haro se vió dueño absoluto del campo sin que nadie se lo estorbase. Al efecto, volvió á sus rondas por la calle de la Garduña, con ánimo de penetrar en la casa de Castroverde, como lo hizo, á ciencia y paciencia de la fidelidad y lealtad de Simon, á quien supo catequizar con bolsitas rellenas de oro, que el muy tuno iba guardando á costa de la honradez de sus amos.

Seguia Quevedo, con las debidas precauciones, la trama que se iba desarrollando, á fin de estorbar el rapto de doña Elena, y halló modo de hacer llegar hasta el alcalde mayor de casa y córte confidencia secreta de que, aprovechando la ausencia de D. Cláudio Castroverde, andábale rondando todas las noches la casa un ladron, con el intento de robarle el tesoro que él más estimaba, pero sin descubrir qué clase de tesoro fuese.

El alcalde corregidor, en vista de esta confidencia secreta, adoptó precauciones y tomó medidas tan acertadas para apresar al delincuente, que una noche, al ir de retirada D. Bernardo de Haro, ó sea el rey, tropezó con la patrulla de corchetes que el corregidor habia enviado allí con órden de capturarle. Este contratiempo tuvo perplejo á D. Bernardo, y no se le ocurrió mejor modo de salir del atasco que emprender la fuga; pero fué en vano, porque persiguiéndole los corchetes, le dieron alcance, intimándole la rendicion al grito de: «¡Alto á la justicia del rey!»

Mohino y cabizbajo emprendió la marcha el falso D. Bernardo de Haro, no sabiendo cómo arreglárselas para salir del lance sin tener que descubrirse; pero por mucho que discurrió no pudo evitar la cárcel sino diciendo al alguacil mayor que le llevaba preso que por ser persona de calidad necesitaba ver al corregidor.

Miróle de hito en hito el alguacil que mandaba la patrulla, y pareciéndole en verdad por la gallarda traza del preso que más tenia

de lance amoroso el ocurrido que de latrocinio, temeroso de haberse equivocado, le preguntó su nombre. Dióselo de muy buena gana el rey, usando para ello, como es de suponer, el de D. Bernardo de Haro, y con el nombre dió un buen bolson de oro, que el alguacil recibió muy complacido.

—No es menester incomodar al señor corregidor á estas horas, dijo el alguacil, porque estará descansando en la cama; pero puesto que vuestra calidad bien se echa de ver por vuestra liberalidad, que es de las más principales, me afirmo en que mis corchetes y yo hemos cometido una gran torpeza, pues la órden que teniamos era la de dar caza á cierto ratero que intentaba dar un asalto á la morada del señor intendente régio de Cataluña, recientemente nombrado, y vos no teneis facha ni rostro de ladron, como no sea de corazones de niñas amarteladas y sensibles, por todo lo cual vuestra merced puede, si gusta, irse á su morada, que ya haré yo que mis compañeros en alguacilazgo hagan la vista gorda, repartiendo entre ellos esta bolsita que habeis tenido la generosidad de darme.

No esperaba el rey salir tan fácilmente del atolladero en que su mucha audacia le habia metido; así es que terciando la capa, disimuló su contento, y saludando al alguacil, salió gallardamente de su compaña y dirigióse á buen paso hácia el real alcázar, pensando durante el camino que hasta la justicia se doblega ante el poder del oro, cosa que ignoraba, sin duda por vivir fuera de la realidad de las cosas, como suele acontecer de contínuo á los monarcas y poderosos.

Mientras tanto Quevedo, que apostado en el quicio de una puerta habia estado aguardando el resultado de su denuncia, visto el apresamiento de Haro, se encaminó hácia su casa riéndose en su interior del chusco desenlace que habia tenido para el rey su comedia famosa, pues se metió entre sábanas firmemente persuadido de que el rey habia de dormir aquella noche en la cárcel, sopena de tener que descubrirse y dar que hablar en la córte durante mucho tiempo con esta original aventura.

Para que la noche fuera completa en lances, al llegar al alcázar observó el rey que por una de las galerías se deslizaba sigilosamente un bulto hácia el exterior, y apostándose trás de un pilar para no ser descubierto, reconoció al pasar el desconocido, que por su traza y donaire no era otro que el conde de Villamediana, el cual, segun malas lenguas, tenia amores secretos con la reina doña Isabel, y aun cuando al rey le entraron buenas ganas de llamarle y pedirle explicaciones, disimuló su enojo, y llena de celos el alma, creyendo en la infidelidad de su esposa, que á la verdad era inocente de las calumnias que se la imputaban, se retiró á su cámara y se recogió en el lecho, no pudiendo conciliar el sueño hasta bien de madrugada.

CAPÍTULO V.

Cómo se dió traza Quevedo para descubrir los amores del rey sin que nadie pudiese achacárselo.

Al dia siguiente, y cuando el Conde-duque de Olivares entró como de costumbre á despachar con el rey los asuntos de Estado, le dijo que echase papelotes á un lado, porque no estaba de humor para resolver nada, pues le habian dicho que el conde de Villamediana entraba y salia en el alcázar cuando queria, lo mismo de noche que de dia, y que como él no creia en brujas, encantamientos ni duendes, era forzoso suponer que en palacio habia quien le facilitaba la entrada y la salida franca á horas intempestivas, y que era preciso averiguar quién fuese, pues de lo contrario habia de hacer un castigo ejemplar.

Juró y perjuró el favorito que la tal confidencia era falsa y que el que dijese haber visto entrar y salir á deshora de la noche en el alcázar al conde de Villamediana mentia como un bellaco, pues el conde ni nadie habia entrado ni salido de palacio pasadas las diez de la noche, y que todo ello eran rumores malignos que sus enemigos hacian circular para desacreditar ante el rey el celo del favorito, y que así que le rogaba que no diese oidos á semejantes invenciones, pues él respondia de toda la servidumbre, cuya fidelidad le constaba.

Callóse el rey persuadido de que Olivares era un maniquí de cuya fanfarria se burlaban muy bonitamente desde el más alto hasta el más bajo de los criados de palacio, toda vez que llevaba su temeridad hasta el extremo de afirmar y jurar que pasadas las diez nadie habia entrado ni salido en el alcázar, siendo así que él mismo habia entrado pasada la una, y además habia visto salir con sus mismos ojos al de Villamediana, pero guardó para sí sus descubrimientos.

A todo esto, la preocupacion de Olivares iba en aumento, porque estaban sucediendo una porcion de cosas extrañas de que él no podia darse cuenta. Sabido es que Olivares era un hombre sumamente ambicioso, tan servil y humilde con el rey, como orgulloso y altanero con todos los vasallos, desde el primero al último. El rey, que era de buen talento y natural despejo, acaso sin la funesta influencia que desde un principio ejerció en su ánimo el favorito,

hubiera sido un modelo de monarcas ilustrados y rectos; pero su extremada aficion á los galanteos y aventuras de amor, torció su natural disposicion para el desempeño de los negocios, malogrando sus buenas dotes para el gobierno.

Conociendo Olivares cuál era el flaco del rey, dió fácil salida y gusto á sus aficiones, con objeto de que distraido con sus mancebías no tuviese lugar en ocuparse de los negocios del Estado. El fué quien preparó los amores del rey con Lucía la Emperadora, comedianta del corral del Príncipe, ó sea el teatro principal y único que por entonces habia en la córte, y por esta causa tenia grande amistad con aquella cómica, que durante mucho tiempo, con escándalo general de las gentes, hacia alarde de ejercer en el ánimo del rey una influencia decisiva.

Júzguese, en vista de estos antecedentes, cuánta sería la sorpresa de Olivares cuando al salir de la cámara del rey le entregaron una esquelita muy perfumada, en la cual Lucía la Emperadora le citaba en cierto sitio secreto, suplicándole con vivas instancias que no dejáse de pasar inmediatamente á verla, pues tenia que comunicarle noticias muy importantes.

Tan pronto como el favorito se pudo desocupar de sus asuntos dirigióse al sitio de la cita, en que tenia por costumbre ver á la Emperadora sin que nadie pudiese apercibirse, y allí supo que las noticias importantes que tenia que comunicarle la comedianta no eran otras que las de que el rey estaba enamorado de una mujer muy hermosa, que no sabia quién fuese, cosa que, por distintas razones, á los dos les contrariaba extraordinariamente, pues importábale al favorito muy mucho averiguar cuál era el nuevo cortejo del rey, á fin de explotar esta nueva pasion y ponerse incondicionalmente al lado del rey; y á la Emperadora tambien le importaba para no verse relegada, como le habia indicado Quevedo, á servir de plato de segunda mesa.

Bien comprendió la Emperadora que Olivares era un truchiman muy largo, y calculando, como suele decirse, por dónde iban las aguas, dijo al favorito que, á pesar de que se hacía de nuevas, demasiado se maliciaba que él andaba metido en el ajo, y que como averiguase quién era su rival, habia de armar una que fuese sonada y que tenia de pelar á la otra.

Armóse con esto tal conflicto, que nadie, á excepcion de Quevedo y el rey, sabia por dónde se andaba. Bien pronto notó la Emperadora el desvío del rey en la escasez de visitas que la hacía, siendo así que en otras ocasiones las prodigaba sin dársele un ardite de lo que pudieran decir las gentes.

En esto ocurrió que la comedia que traian entre manos Quevedo y el rey llegó á debida sazon, poniéndole un desenlace bien distinto al que en realidad habia tenido; pues lejos de ser apresado el galan por la patrulla alguacilesca, como verdaderamente habia

sucedido, en el teatro tenia que resultar al revés, y era que el galan, sorprendido por la inesperada vuelta del padre, no habia podido consumar el rapto, y sorprendido in fraganti habia empeñado su palabra de casamiento; y en efecto, terminaba la funcion, como es de rigor en todas las comedias, celebrándose la boda de los dos amantes con todo el aparato y tracamundana que se estilaba en los sainetes de entonces.

Llegó la noche del estreno, y el teatro estaba cuajado de lo mejor de la Córte, pues todo el mundo, atraido por la novedad de la comedia de Quevedo (pues el rey no quiso dar su nombre), estaba ansioso de que se alzase la tela.

Tenia la Emperadora que hacer el papel de la primera dama, y estaba sumamente furiosa porque el rey no habia tenido la atencion de enviarle ninguna joya, como tenia de costumbre siempre que salia en los estrenos. Dentro y fuera de la sala la impaciencia porque empezase la funcion era muy grande.

Apenas llegó el rey á su palco, paseó la vista por toda la sala, y vió con sorpresa extraordinaria que doña Elena de Castroverde estaba en otro palco, frente por frente del suyo. Dominó su emocion, y áun cuando procuró torcer la vista hácia otro lado, el imán de su amor hacia que clavase sus ojos en los de la bella Elena, que estaba muy intranquila con unas amigas suyas, desojándose sin que éstas lo notasen por descubrir entre los espectadores á Don Bernardo de Haro, su amante; pues el malicioso Quevedo, tomando su nombre, habia escrito á la hija de Castroverde una tierna y amartelada epístola, enviándole los billetes de hojalata que entonces estaban en uso para las funciones de teatro, diciéndole que allí se verían, áun cuando por el secreto de sus amores no pudiesen hablarse.

Principió la funcion, y de todas las personas que mayor sorpresa recibieron con ella, fueron dos: la una doña Elena, y la otra el Conde-duque de Olivares; en razon la primera á que todas las circunstancias del desarrollo de la trama coincidían con su situacion particular, solicitada por los tres galanes, y la segunda por la dispersion de ellos, merced al influjo que con el primer ministro tenia en la comedia el amante de la dama.

Entonces fué cuando Olivares empezó á ver claro en lo relativo á los decretos que sobre los asuntos de Portugal, Holanda y Cataluña le habia hecho extender el rey, y no dudó ya que la hija de Castroverde era la desconocida heroina del sainete que se representaba.

Callóse el descubrimiento, y se alegró de que las entrevistas del rey y Quevedo, que tanto le habian sobresaltado, no tuviesen más trascendencia que la que resultaba de la comedia, y en uno de los descansos pasó al cuarto de la Emperadora y le dijo que su rival estaba en la sala del público, y que si queria averiguar quién fuese

que tuviera cuidado en ver quién de todas las damas del teatro miraba con mayor insistencia al rey y hácia qué lado se dirigian las furtivas miradas de éste.

No necesitó más la Emperadora para que se le encendiese la sangre, y cuando de nuevo salió á escena, más que en representar su papel se ocupó en pasar minuciosa revista á todas las mujeres que habia en el teatro, y bien pronto se fijó en doña Elena de Castroverde, que no cesaba de mirar al rey admirada del extraordinario parecido que tenia con su adorado D. Bernardo de Haro, que á tal extremo llegaba, que hubiera jurado, á no estar segura de lo contrario, que eran gemelos. Esto, unido á la circunstancia de no haber visto en toda la noche á D. Bernardo, agregado tambien á la semejanza entre lo que pasaba en la comedia y á ella le habia ocurrido, fué motivo suficiente para estar profundamente absorbida en contemplar al rey, hasta el punto que ni ella misma se daba cuenta de lo que á su alrededor pasaba, y hubo momentos en que se alucinó pensando si entre D. Bernardo y él habria alguna extraña relacion que no le fuera dado descubrir.

Concluyó la funcion, sin mayor novedad, y despues de ella todo el mundo se retiró á descansar á su casa, menos el rey, que ardiendo en deseos de hablar á doña Elena, salió con su disfraz de costumbre á rondar á la hija de Castroverde; y menos ésta, que todavía muy preocupada é impaciente por no haber visto en el teatro á su D. Bernardo, como habia creido, le aguardaba en la reja.

Imagínese cuánta no seria la sorpresa de los dos, al saber que el envío de los billetes era completamente desconocido y apócrifo, y no acertando á explicárselo, retiráronse aquella noche muy disgustados el uno del otro por diferentes motivos, sin poder atinar cuál fuese el orígen de estos enredos, en que él ni ella habian intervenido.

CAPÍTULO VI.

Cómo la hija de Castroverde descubrió el pastel y del remedio heróico que puso.

Al dia siguiente, Lucía la Emperadora, que ardía en deseos de hallarse frente á frente de su rival la hermosa Elena, se dirigió de secreto á la calle de la Garduña, en ocasion que el criado Simon habia salido á comprar las vituallas, y como la hija de D. Cláudio de Castroverde no esperaba visitas de ninguna clase, ella misma salió á abrir, creyendo que era Simon que volvia; y llevaba el cabello suelto y sin aderezo alguno, de modo que más que de señora tenia trazas de criada, pues ya sabemos lo muy modesta que era.

A pesar de no estar aderezada no se le despintó á la Emperadora el rostro de doña Elena, y muy sofocada, alterado el semblante por el fuego de los celos que en su corazon ardía, la cogió por una mano y llevándola hácia adentro la dió de puñadas, insultándola y gritando como una loca, y verdaderamente lo estaba.

La pobre doña Elena, que no comprendia nada, se defendió como pudo, tratando de salvar el rostro, y rompió á llorar al verse tan mal tratada de la cómica, y cuando ésta logró desahogar el primer impulso de su furor, la pobre hija de Castroverde lloraba á lágrima viva. En este paréntesis fué cuando la Emperadora manifestó cuál era el objeto de su visita, es á saber: el decirle á Elena que era muy poquita cosa para tener la presuncion de enamorar á un rey que ella tenia reducido á la condicion de esclavo.

Pasmada se quedó la hija de Castroverde al escuchar las airadas razones de la comedianta y juró por todos los Santos del cielo que no era verdad; pero la Emperadora, enfurecida de nuevo viendo la negativa de doña Elena, volvió maltratarla diciendo que la habia de matar y que de allí no habia de salir viva sino una de las dos.

—¡Vaya, con la mosquita muerta! decia, se ha figurado la friega-pla-

tos que así como así se puede burlar á la estrella más esplendente del teatro? Manceba del rey soy, exclamó con inusitado orgullo, y no de he dejar que me usurpe el puesto la hija de un hidalguillo de mala muerte.

Estas palabras, dichas en un momento de alarde impúdico, alternadas con nuevos insultos y golpes de la Emperadora, fueron como un rayo de luz para doña Elena, que se quedó sin habla al ver de improviso la mucha profundidad del abismo en que habia caido. Comprendiendo en un minuto de vergüenza toda la intriga en que se hallaba envuelta, y reaccionando en otro minuto en su pecho el sentimiento del honor ultrajado, y sedienta de venganza, cerró la puerta de la calle con llave y cogiendo una vara de fresno, dió tan grande paliza á la cómica que la dejó por muerta, acreciendo su ira la mala lengua de la Emperadora que no cesaba de lanzar injurias y maldades; y tanto se cegó en ella, que viéndola tendida en el suelo, se echó encima y la apretó el pescuezo hasta que sin darse cuenta de lo que hacia la ahogó.

Llegó en esto Simon y durante un buen rato no pudo averiguar cuál fuese la causa de que aquella mujer desconocida estuviese tendida en el suelo cuan larga era y su señora llorando en un rincon; y en un momento de alivio supo toda la horrible verdad, es á saber, que la que estaba muerta era doña Lucía la Emperadora y que el amante de doña Elena no era otro que el rey D. Felipe IV.

Pasóseles toda aquella mañana á los dos en medir la intensidad de su desventura, y persuadida doña Elena de que efectivamente D. Bernardo y el rey eran una misma cosa, determinó cortar por lo sano y pasar por muerta á los ojos del rey, para lo cual mandó á Simon corriese la voz de su muerte y comprase un ataud y todos los menesteres necesarios para la comedia de la muerte, y cuando llegó la hora en que solia venir D. Bernardo de Haro, escribió para este un billete cerrado, que entregó á Simon para que se lo diese, escondió el cadáver de la Emperadora y vistiéndose una mortaja se metió en el ataud, que colocado sobre una mesa, estaba rodeado de velas encendidas, y se hizo la muerta.

La impresion que le causó al rey aquel triste espectáculo, fué muy grande, tanto que lloró de pena, pues amaba tiernísimamente á la hija de Castroverde, y tanto sentimiento hizo que se arrodilló ante el féretro y permaneció casi una hora sollozando amargamente. A doña Elena un sudor se le iba y otro se le venia, al verse en el ataud y considerando el triste desenlace de sus amores; pero el dolor del rey sirvió de lenitivo á sus acerbos pesares, y prosiguió valerosamente la obra de expiacion que se habia impuesto.

Cuando Simon vió que D. Bernardo ó el rey, empezaba á dominar su triste impresion por la muerte de doña Elena, le entregó la esquela cerrada de su señora y le dijo:

—Señor de Haro, mi pobre señora me encargó al morir que os entregase esta carta, y os tomase juramento voluntario sobre la cruz de vuestra espada, de que habeis de cumplir al pié de la letra su ultima voluntad, que en esta cerrada esquela viene escrita.

D. Bernardo, sin abrir la esquela, desciñóse la espada y arrodillándose ante el féretro, exclamó muy conmovido:

—Juro por mi honor y la memoria de mis padres, ante el cadáver de doña Elena de Castroverde, cumplir puntualmente su voluntad postrera. Simon le tomó el juramento, y exclamó con acento solemne:

—Si así lo haceis, Dios y nuestro señor el rey os lo premien, y si no os lo demanden. Dicho esto, D Bernardo de Haro, rompió el lacre de la esquela y leyó lo siguiente:

«Señor: Yo os amaba con toda mi alma y llevo á la sepultura este amor, que por ser el primero, llenó por completo mi existencia y me enloqueció tanto, que os dí con mi virtud la mayor y más grande prueba de mi fé en vuestras promesas de casamiento He sabido que sois casado y que soy la manceba del rey, y en tal punto he sentido sobre mí tal peso de vergüenza que no pudiéndolo resistir muero aniquilada.

Y ya que mi desventura ha sido tanta, que ha llegado al extremo de que todo un rey haya puesto sus ojos sobre los mios, os pido me satisfagais costeando solemne funcion á mi memoria en el convento de las Clarisas, para mayor honra y gloria de Dios, á quien tanto hemos los dos ofendido. Humilde esclava de vuestra majestad—*Elena Castroverde.*»

Cuando el rey concluyó de leer esta carta, dos gruesos lagrimones se deslizaban ruborosos por su alterada faz. Conmovido y tembloroso, clavada la vista en el pálido rostro de la difunta, prometió costear la funcion y despues de varias muestras de su dolor profundo, se retiró no sin posar amorosamente los labios sobre la tersa frente de la muerta.

Apenas fué ido, Elena se incorporó sobre el ataud y despojándose de su mortaja, con esforzado ánimo y extraordinario valor vistió con los fúnebres atavios el inanimado cuerpo de la Emperadora, y ayudada del viejo Simon lo puso en el ataud, colocó un paño blanco sobre la cara y cerraron la tapa.

No tardó en correrse por toda la Córte la nueva de la repentina muerte ocurrida á la infeliz hija de Castroverde, y á su entierro concurrieron gentes muy principales, recibiendo cristiana sepultura el cuerpo de la Emperadora, que todo el mundo tomó por el de doña Elena.

Quevedo fué de los que más se sorprendieron con la noticia, y como este suceso de la muerte de Elena coincidió con la desaparicion de Lucía la Emperadora, creyó que esta la habria envenenado y que habria huido horrorizada de su crímen.

Bajo secreto de confesion, Elena confió al padre capellan de las Clarisas, el estado atribuladísimo en que su corazon se hallaba y lo muy resuelta que estaba á ingresar en la comunidad si se le queria admitir. Consultólo el capellan bajo reserva con la superiora, y siendo favorable el dictámen, una noche, con todo el recato y sigilo necesario ingresó en el convento, edificando desde el primer dia á todas las monjas con su extraordinaria piedad, pasando por muerta á los ojos de todas cuantas personas la habian tratado en tiempos de su padre D. Cláudio, bien ageno á la verdad del drama horrendo que en su ausencia se estaba desarrollando.

CAPÍTULO VII.

Del aprieto en que se vió el viejo Simon por ser largo de lengua y de la muerte reposada que tuvo una vez salvado del apuro.

Durante muchos tiempos las gentes se condolieron del triste fin que habia tenido la hija de D. Cláudio, y este, que estaba en tierra de Cataluña poniendo paz entre los rebeldes, recibió la mala nueva del fallecimiento, cuando más á gusto se iba encontrando en su flamante empleo.

En esto, Simon, que se habia quedado solo, empezó á recibir regalos y presentes del rey y á trabar conocimiento con el Conde-duque de Olivares. Ya que no era viva doña Elena, queria el rey premiar los pasados buenos servicios del criado, para el cual todos los sucesos iban en bien, puesto que hasta de la desventura de su señora halló gran provecho, y el demonio le tentó de modo, que queriendo mostrarse agradecido á las atenciones del rey, un dia le pidió le concediese una audiencia reservada, y concedida que le fué, el muy rústico descubrió el misterio de doña Elena, refiriendo como no era muerta, con todos los pelos y señales de donde estaba y lo que hacia.

Cuando el rey oyó la confidencia del viejo Simon le tuvo por loco y alucinado; pero él, para dar mayor testimonio y jactarse de protector de los amores del rey, dijo como la verdadera muerta era la Emperadora.

Pasmado se quedó el rey al escuchar semejante confidencia y para ver si podia comprobar algo, mandó aviso á todas las comunidades de monjas, como deseando solemnizar hechos gloriosos de armas realizados por el ejército, habia determinado repartir ciertas limosnas á las congregaciones religiosas y visitar algunas de ellas.

Llegado el momento oportuno, el rey acompañado de la reina su esposa y de toda su córte, penetró en el recinto interior del convento de las Clárisas, único medio que tenia para poder entrar, á causa de los fueros monásticos, que solo admitian el privilegio real de entrada en ocasiones extraordinarias y por motivos solemnes.

Inútiles fueron, sin embargo, sus investigaciones, pues la superiora tuvo buen cuidado de impedir que doña Elena formase entre las demás monjas á fin de que el rey no pudiese notarla, y trocándose en ira la impetuosidad del rey, creyóse burlado por el viejo

Simon, y le dijo que como no probase su aserto habia de morir ahorcado sin remision.

Aunque tarde comprendió el ladino y desleal criado de D. Claudio la torpeza que habia cometido y el gran atolladero en que se encontraba y quiso desdecirse, pero ya era tarde, porque el favorito habia mandado que se abriese informacion de justicia sobre la desaparicion de la Emperadora, y se tomaron declaraciones y dichos que pusieron en movimiento á los golillas y gentes de la curia y aunque él quiso negar, como habia afirmado antes, vióse envuelto en la más complicada madeja judicial que imaginarse puede.

Vino á complicar más la sustanciacion del proceso la llegada de D. Claudio de Castroverde, que no paró ni cesó un punto en pedir que se activasen aquellos procedimientos de justicia, ordenando se hiciese un reconocimiento de las monjas por medio de auto, para ver si entre ellas estaba su hija. Aquí fueron los apuros de la comunidad y el querer echar tierra al asunto, y con ello demostrar más y más que habia gato encerrado, como se suele decir.

Esparcióse la noticia de que la Emperadora habia sido asesinada, y tal se pusieron las cosas que surgieron parientes suyos que pidieron se exhumase el cadáver para ver lo que habia de cierto; y no hubo más remedio que ordenarlo, y verificado que fué, resultó plenamente confirmado que en el ataud donde se creia estar enterrada la hija de Castroverde, apareció el cadáver de la Emperadora, con evidentes señales de haber recibido la muerte de un modo violento.

Ya no fué posible detener la accion de la justicia y las monjas Clarisas entablaron competencia, negándose á franquear las puertas para proceder al reconocimiento y registro de todo el convento.

El resultado de todo fué, que doña Elena, que Simon aseguró primero que era viva, y despues que era muerta, no parecia ni viva ni muerta por ninguna parte, y en cambio la Emperadora á quien todo el mundo tenia por viva, corriendo tierras extrañas, apareció muerta en el ataud de la hija de Castroverde.

Ya no hubo fuerzas humanas que librasen al infeliz Simon del peligro de ser ahorcado, y con efecto, dictóse la sentencia condenatoria que le fué comunicada. El pobre viejo lloraba á lágrima viva, lamentando su triste suerte y fué puesto en capilla para ser ejecutado. Ya el cuitado esperaba su última hora, cuando se presentó con asombro de todos ante el tribunal sentenciador la propia hija de Castroverde, en persona, diciendo que el criado Simon era inocente y que á ella sola se la debia de culpar de la muerte de la Emperadora; pero á esto D. Claudio, con la alegría de haber recuperado su hija, y temeroso de perderla de nuevo, dijo que no la creyesen, que aquello lo habia dicho guiada de su buen corazon por salvarle la vida al infeliz criado, y que mal podia ha-

ber sido ella la causante de la muerte de la Emperadora, cuando jamás la habia conocido, y retó á todos á que presentasen una persona que puesta las manos sobre los sagrados Evangelios, fuese capaz de afirmar que su hija habia tenido trato ni contrato de ninguna especie con la comedianta. Como nadie habia visto nada, resultó que no pudo comprobarse el dicho de la resucitada doña Elena.

Don Francisco de Quevedo, que con su gran perspicacia comprendió todo lo què habia pasado y que además se consideraba moralmente responsable del encuentro habido entre la viva difunta ó sea la Emperadora y la difunta viva, ó sea doña Elena, tomó á empeño el salvarle la vida al pobre diablo de Simon, y pidió se echase tierra al asunto, pues de todo ello resultaba que el verdadero autor de todos aquellos enredos no parecía.

Influyó mucho en que así se dictaminase el haber celebrado el gran poeta una conferencia secreta con el rey, en la que le dió á entender cómo su comedia, por torpezas más bien de D. Bernardo de Haro, que de todos los demás, habia degenerado en tragedia, y que no era justo que un pobre viejo como era Simon, cuyo único defecto, la avaricia, le habia llevado á tan triste lance, fuese á pagar culpas que en realidad no se le podian achacar.

Afectando que le causaba gran violencia el conceder merced el rey, otorgóla muy cumplida, y á todo el proceso se dió tierra, y no sólo esto, sino que el viejo criado fué perdonado, si bien fué con la condicion de que habia de ir á pasar el resto de sus dias fuera de la Córte, en alguna ermita, haciendo vida de anacoreta, en expiacion de sus muchas infidelidades y extravíos. Prometió él de muy buena gana hacerlo todo como se le pedia, y sin más ni más emprendió la caminata hácia el monasterio de San Millán de la Cogulla, que está en la Rioja, y á poco de llegar murió de muerte natural, en blando y humilde lecho, libre de procesos judiciales y temeroso de Dios.

En esto ocurrió que el rey se reconcilió con su esposa, y el único que salió perdiendo en todo esto fué el Conde-duque de Olivares, que perdió la confianza del rey, y fué acusado, si no por los Tribunales, por la voz pública, de haber comerciado con la buena fé del rey, abusando de su confianza y llevándole por malos y extraviados caminos.

Con su caida cesaron los sobresaltos, y volvió á entrar todo en caja, menos el Portugal, que se perdió por las torpezas del Conde-duque, y la insurreccion de los catalanes, que no hubo medio de apagar, y menos los desastres ocurridos á los tercios flamencos, que en diferentes y desgraciados encuentros fueron derrotados.

CAPÍTULO VIII.

De cómo á D. Ramiro de Ruy-Ponce, el hijo del Presidente del Consejo y Cámara de Castilla, se le cumplieron sus deseos de casarse con la hija de Castroverde, y de la muerte de ésta.

Como lo de Portugal habia terminado no de muy buena manera, puesto que se perdió, dióse por concluida la mision diplomática de D. Ramiro Ruy-Ponce, regresando éste á la Córte, si no cargado de gloria, porque la empresa, á la verdad, era bien dificultosa y llegó á su poder en malas condiciones, á lo menos cargado de dinero, pues no perdió allí tiempo.

No se le entibió el amor por la hija de Castroverde con la ausencia, antes al contrario, se le aumentó, y D. Claudio volvió á sus antiguas manías de casarlo con doña Elena, que ya por entonces habia roto todos sus compromisos monásticos y regresado definitivamente á la casa de su padre; pero si antes le rechazó por virtuosa y enamorada de su D. Bernardo, ahora no le quiso admitir por arrepentida y burlada, pero esto no fué obstáculo para que el presumido diplomático volviese á las andadas.

D. Claudio estaba dado á todos los diablos, como se suele decir, con la obstinacion de su hija, pues aunque ya los acreedores no le acosaban como antes, y por lo mismo no le urgía tanto que doña Elena casase con algun mayorazgo que los sacase de pobres, en razon á que él tuvo muy buen cuidado de hacerse rico á costa de los buenos catalanes, sin embargo asaltábale á la sazon otro cuidado, y era el de que él iba ya estando achacoso y el dia menos pensado cerraría el ojo, como se suele decir, y queria dejar á su hija bien colocada.

Todos cuantos esfuerzos se hicieron por vencer la resistencia de doña Elena fueron inútiles, y como la privacion es causa del apetito, el empaquetado y perfumado diplomático no vivia ni sosegaba un punto, y tanto empeño puso en que se habia de casar con doña Elena, que dijo que de no lograrlo se tenia de matar.

Cuando la hija de Castroverde supo esta resolucion del hijo del Presidente del Consejo y Cámara de Castilla, llenóse de sobresalto temiendo realizase su intento, y fuese sobre su ánima la responsabilidad de aquella nueva desventura, y así, haciéndole llamar, le refirió *ce* por *be* toda la historia de sus pasados amores, sin omitir peripecias ni detalles, al punto de que D. Ramiro no pudiese nunca llamarse á engaño y estuviese bien penetrado del por qué de la obstinacion de doña Elena en no casarse.

Mucho le afligió aquella desgracia al diplomático y manifestó deseos de saber quién habia sido el causante de ella, y doña Elena,

sin reparo ninguno se lo dijo, fiando en su palabra de caballero, y cuando D. Ramiro supo que el tal D. Bernardo de Haro, que se le habia adelantado por la mano, era nada menos que el rey, en vez de sentirlo túvolo á honra y merced señaladísima, y dijo que si solo en eso se estribaba la dificultad, que él lo daba todo por bien empleado, y que así, lo principal era que doña Elena quisiese casarse con él, que lo demás á mucho galardon lo habia de tener de allí en adelante.

Aunque con repugnancia, doña Elena dió su consentimiento, habida razon de que el habérsele cerrado de una parte las puertas del convento de las Clarisas, donde ella hubiera sido gozosa de pasar tranquilamente el resto de sus dias, á causa de los desafueros pasados de una parte, y de otra, el vivo deseo de su padre de verla estableeida, fueron razones que la decidieron, y de este modo fué como el amartelado D. Ramiro obtuvo el *sí* que tanto anhelaba.

Hiciéronse los preparativos de la boda con gran rumbo, y para mayor lucimiento fueron padrinos los reyes y se celebró al fin la ceremonia con todo el boato en la iglesia de San Nicolás, echándose con tal motivo la casa por la ventana; pero con tales regocijos no se logró animar á la novia cuya palidez en el momento de otorgarse por esposa de D. Ramiro, denotaba el gran sacrificio que hacia.

En vano fueron todos los esfuerzos que por alegrarla se hicieron, pues era tanta su pena que se la podia ahogar con un cabello, y más parecia que la llevaban al tormento que á casarse. Con todo, supo hacerse superior á las circunstancias y se consagró con el mayor ahinco á labrar la felicidad de su esposo, tal vez en expiacion de sus pasados extravíos, y llevó vida de mártir como la llevan todas las mujeres que se casan sin amor, mal grave que con nada se remedia sino es con la muerte.

La de doña Elena, á quien todo el mundo designaba con el nombre de *La muerta fingida*, en recordacion de la desventura que sufrió, tuvo lugar á los pocos meses de casada, á consecuencia de un sobre parto que la llevó al otro mundo con grande pena y dolor de su esposo y de D. Claudio de Castroverde, que se miraban en ella, y no menor del rey, quien á pesar del tiempo trascurrido, todavía la amaba con el mismo entusiasmo del primer dia, y en prueba de su buena memoria, cumplió al pié de la letra el juramento hecho la primera vez, de celebrar una solemne funcion religiosa en el convento de los Clarisas en memoria de la que en vida fué su amada y cuya imágen solo pudo arrancar de su corazon la muerte, ocurrida poco tiempo despues á diez y siete dias del mes de Setiembre de 1665.

FIN.

HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve	5
Excmo. Sr. General D. Arsenio Martinez Campos	5
El caudillo carlista D. Ramon Cabrera	5
El general Espartero, duque de la Victoria y de Morella	5
Cárlo-Magno y los doce Pares de Francia	4
Roberto el Diablo	4
El Conde Partinoples	4
Clamades y Clarmonda ó el caballo de Madera	4
Flores y Blanca Flor	4
Pierres y Magalona	4
Aladino ó la Lámpara maravillosa	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno	4
El Nuevo Robinson	4
Napoleon I, emperador de los franceses	4
D. Martin Zurbano	4
Doña Blanca de Navarra	4
Orlando Furioso	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza	4
Anselmo Collet	4
Subterráneos de la Alhambra	4
Romancero de la guerra de Africa en 1859 á 1860	4
Gil-Blas de Santillana	4
Guerra civil del año 1871 al 1876	4
El Pastelero de carne humana	4
Los secuestradores de Lucena	4
Candelas	4
Saballs	4
Cárlos VII	4
Pedro Ramon Ciarám	4
Los ladrones de mar	4
El anillo de Zafira	4
La oreja del Diablo	4
La muerta fingida	4
La hija del rey de Hungría	4
El Pirata Negro	4
El caballero del Águila Roja	4
D. Diego Leon	3
El conde de Montemolin	3
D. Tomás Zumalacárregui	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla	3
Bernardo del Carpio	3
Cristóbal Colon	3
Hernan Cortés	3
Los siete infantes de Lara	3
D. Pedro de Portugal	3

	Pliegos.
La doncella Teodora	3
La heróica Judith	3
Noches lúgubres, de Cadalso	3
Matilde y Malek Adhel	3
Abelardo y Eloisa	3
Ricardo é Isabela	3
El marqués de Villena ó la redoma encantada	3
Elisa ó la rosa blanca encantada	3
El conde de las Maravillas	3
Santa Genoveva	3
El Nuevo Navegador ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo	3
El gran capitan Gonzalo de Córdoba	3
El Bastardo de Castilla	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason	3
La Hermosa de los cabellos de oro	3
La Guirnalda milagrosa	3
Los siete sabios de Roma	3
Guerra de la independencia española	3
Los Niños de Écija	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro Blanco encantado	3
El príncipe Selim de Balsora	3
Las dos doncellas disfrazadas	3
El Santo rey David	3
Julio y Zoraida	3
El Mágico Rojo	3
La Urraca Ladrona	3
Diego Corrientes	3
Aurelia y Florinda	3
El general Prim	3
Ana Bolena	3
Cornelia ó la víctima de la Inquisicion	3
La Diosa de los mares	3
Viajes aéreos	3
Jaime el Barbudo	3
Rosa Samaniego	3
Pincha uvas	3
El Casto José	2
El viejo Tovías y el jóven su hijo	2
El valeroso Sanson	2
La Creacion del mundo	2
El Diluvio universal	2
El Juicio universal	2
San Alejo	2
San Amaro	2
San Albano	2
Nuestra Señora de Montserrat	2
El marqués de Mántua	2
Francisco Estéban el Guapo	2
El cortador de cabezas	2